

www.elboomeran.com

Rafael Chirbes

En la orilla



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © LOOK-foto / Wildcard Images, UK

Primera edición: marzo 2013

© Rafael Chirbes, 2013

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2013
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-9759-3
Depósito Legal: B. 1255-2013

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

F...tez comme des ânes débâtés; mais permettez-moi que je dise le mot f...tre; je vous passe l'action, passez-moi le mot.

DIDEROT,
Jacques le fataliste et son maître

1. El hallazgo

26 de diciembre de 2010

El primero en ver la carroña es Ahmed Ouallahi.

Desde que Esteban cerró la carpintería hace más de un mes, Ahmed pasea todas las mañanas por La Marina. Su amigo Rachid lo lleva en el coche hasta el restaurante en que trabaja como pinche de cocina, y Ahmed camina desde allí hasta el rincón del pantano donde planta la caña y echa la red. Le gusta pescar en el marjal, lejos de los mirones y de los guardias. Cuando cierran la cocina del restaurante —a las tres y media de la tarde—, Rachid lo busca y, sentados en el suelo a la sombra de las cañas, comen sobre un mantel tendido en la hierba. Los une la amistad, pero también se brindan un servicio mutuo. Pagan a medias la gasolina del viejo Ford Mondeo de Rachid, una ganga que consiguió por menos de mil euros y ha resultado ser una ruina porque, según dice, traga gasolina con la misma avidez con que un alemán bebe cerveza. Desde Misent al restaurante hay quince kilómetros, lo que quiere decir que, sumando ida y vuelta, el coche se chupa tres litros. A casi uno treinta el litro, suponen unos cuatro euros diarios sólo en combustible, ciento veinte al mes, a descontar de un sueldo que apenas llega a los mil, ése es el cálculo que le hace Rachid a Ahmed

(seguramente, exagera un poco), por lo que Ahmed le abona a su amigo diez euros semanales por el transporte. Si encontrara trabajo, se sacaría el carnet y se compraría su propio vehículo. Con la crisis es fácil encontrar coches y furgonetas de segunda mano a precios irrisorios, otra cosa es el rendimiento que te proporcionen después: coches de los que la gente ha tenido que desprenderse antes de que se los llevara el banco, furgonetas de empresas que han quebrado, autocaravanas, camionetas: es época de oportunidades para quien tenga algún euro que invertir comprando a la baja. Lo que no sabes nunca es el regalo envenenado que guardan dentro esas gangas. Consumo desmedido de combustible, piezas que hay que cambiar al poco tiempo, accesorios que se estropean con sólo mirarlos. Lo barato suele salir caro, refunfuña Rachid, mientras le pega un acelerón. Ahí nos hemos gastado medio litro. Vuelve a acelerar. Ahora, otro medio litro. Se ríen. La crisis impone su mandato por todas partes. No sólo en los de abajo. También las empresas están quebradas o a medio quebrar. El hermano de Rachid trabajaba en un almacén de materiales que tenía siete camiones y otros tantos chóferes, eso fue hace cuatro años. En la actualidad, los han despedido a todos y los camiones permanecen aparcados en la playa de asfalto que hay en las traseras del almacén. Cuando tienen que realizar un porte, contratan por horas a un chófer autónomo que les hace el trabajo en su propio camión, cobra al contado, a tanto la hora, a tanto el kilómetro, y vuelve a quedarse pegado al teléfono móvil, con los brazos cruzados hasta el siguiente encargo. Ahmed y Rachid charlan sobre las posibilidades de negocio que supondría comprar coches usados para revenderlos en Marruecos.

El restaurante donde trabaja Rachid está al final de la avenida de La Marina, en realidad una carretera paralela a la

playa que discurre a espaldas de la primera línea de apartamentos y se alarga entre las urbanizaciones una veintena de kilómetros desde Misent hasta el primer canal de desagüe del pantano. Ahmed camina por la cuneta poco más de un kilómetro para llegar al lugar en que pesca. Lleva la caña al hombro, la red atada a la cintura bajo la chaquetilla del chándal, y una cesta colgada a la espalda por un par de correas, a modo de mochila. Hace tres años, había infinidad de obras en este tramo de La Marina. A ambos lados de la carretera, se sucedían los montones de escombros y las edificaciones en distintas fases constructivas: solares sobre los que empezaba a concentrarse maquinaria; otros en los que la retroexcavadora abría el suelo, sacando de dentro un barro rojizo, o en los que las hormigoneras rellenaban los cimientos. Pilares de los que surgían varas de hierro, tirantes y planchas de mallazo, palés de ladrillos, montones de arena, sacos de morcem. Por todas partes se movían las cuadrillas de albañiles. Algunas fincas en las que las obras habían concluido estaban cubiertas de andamios donde hormigueaban los pintores, mientras en sus alrededores grupos de hombres removían la tierra, ajardinaban, plantaban árboles –viejos olivos, palmeras, pinos, algarrobos– y arbustos de esos que las guías definen como característicos de la flora ornamental mediterránea: baladres, jazmines, galanes de noche, claveles, rosales, y matas de hierbas aromáticas: tomillo, orégano, romero, salvia. La red de carreteras que cruza la zona soportaba un incesante tráfico de camiones que transportaban palmeras, olivos centenarios que apenas se acomodaban al hueco de las enormes macetas en que los trasladaban, o frondosos algarrobos. El aire se llenaba con el ruido metálico de los vehículos que acarreaban material de obra, contenedores para escombros, autocargantes, góndolas que trasladaban retroexcavadoras, hormigoneras. El conjunto transmitía sensación de activa colmena.

En la soleada mañana de hoy, todo aparece tranquilo y solitario, ni una grúa rompe la línea del horizonte, ningún ruido metálico quiebra el aire, ningún zumbido, ningún martilleo agreden el oído. El primer día que fueron juntos en el coche tras quedarse Ahmed en el paro, su amigo Rachid se rió de él cuando le dijo que lo acompañaba hasta el restaurante porque iba a buscar trabajo en las obras de La Marina. ¿Trabajo? Como no sea de enterrador de suicidas, se burló Rachid. *Ma keinch al jadima. Oualó.* No hay trabajo, nada. Ni una sola obra en marcha en La Marina, ni media. En los buenos tiempos, muchos peones cobraban la semana y no volvían a presentarse en el tajo porque encontraban sitios donde les ofrecían mejores condiciones. Ahora, en los balcones cuelgan carteles disuasorios. Alguien que solicita trabajo se ha convertido en animal molesto. TENEMOS CUBIERTA LA PLANTILLA DE JARDINERÍA Y MANTENIMIENTO. NO SE NECESITA PERSONAL. ABSTENERSE, dice el cartel expuesto en los apartamentos que se levantan junto al restaurante. Por todas partes las letras rojas o negras de los carteles: SE ALQUILA SE VENDE DISPONIBLE SE ALQUILA CON OPCIÓN A COMPRA EN VENTA OPORTUNIDAD DESCUENTO DEL CUARENTA POR CIENTO, y un número de teléfono debajo. La radio habla cada mañana del estallido de la burbuja inmobiliaria, la desbocada deuda pública, la prima de riesgo, la quiebra de las cajas de ahorros y la necesidad de establecer recortes sociales y llevar a cabo una reforma laboral. Es la crisis. Las cifras del paro en España superan el veinte por ciento y el año que viene pueden subir hasta el veintitrés o veinticuatro. Muchos de los emigrantes viven del subsidio de desempleo, como él empezará a hacerlo, o como se supone que empezará a hacerlo en unos días, porque en la oficina del INEM, después de tener que rellenar unos cuantos papeles y hacer cola varias veces, le

han dicho que tardará algún tiempo en cobrar el primer plazo. Hace cinco o seis años, todo el mundo trabajaba. La comarca entera en obras. Parecía que no iba a quedarse ni un centímetro de terreno sin hormigonar; en la actualidad, el paisaje tiene algo de campo de batalla abandonado, o de territorio sujeto a un armisticio: tierras cubiertas de hierba, naranjales convertidos en solares; frutales descuidados, muchos de ellos secos; tapias que encierran pedazos de nada. Cuando llegó a España, la mayoría de los peones de albañil de la comarca eran paisanos suyos, él mismo encontró en la obra sus primeros trabajos; después se presentaron los ecuatorianos, los peruanos, los bolivianos y los colombianos. Últimamente, ni lo uno ni lo otro. Los marroquíes se van a Francia, a Alemania, los latinoamericanos regresan a sus países, a pesar de que se habían convertido en los obreros más apreciados. Los empresarios confiaban en ellos por cuestiones de lengua, de religión, de carácter y, sobre todo, porque desde que se produjeron los atentados de 2004 en Madrid, levanta sospechas cualquiera que venga de Marruecos (la mayoría de los que se supone que pusieron las bombas fueron marroquíes) y tenga algo que ver con el islam y el islamismo. Ahmed piensa que los propios marroquíes colaboran en aguzar esa desconfianza y en dificultar las cosas. Sus amigos albañiles, que unos años antes bebían, fumaban y compartían porro con los españoles de la cuadrilla en la que trabajaban, se declaran practicantes, rechazan ofendidos la litrona que circula en la comida de mediodía, y, al concluir la jornada laboral, no entran en el bar. No asisten a la comida de empresa, o exigen un menú halal. Algunos reclaman que se cambie el horario laboral durante el ramadán. *Hamak y Jamak*. Burros y locos, los llama Ahmed. Moros y cristianos sólo entran en contacto para ver quién le da por culo a quién. Los domingos por la tarde,

cuando las calles de Olba se quedan vacías porque los habitantes han ido a comer en familia, o a la playa, los marroquíes caminan solitarios; o se sientan en los quitamiedos de la carretera de Misent, en los bolardos de las aceras. Ahmed se pelea con los paisanos que, durante el ramadán, les exigen a los capataces que suspendan la pausa de la comida de mediodía y, a cambio, acorten la jornada laboral. Los putos moros estáis locos, se le quejó uno de los encargados cuando trabajaba en la carpintería y fue a descargar una partida de puertas a la obra de Pedrós. No voy a misa, ni quiero saber nada de los curas, y vosotros me pedís que ayune en el ramadán. ¿Qué les digo al chófer de la pluma, al de la retro, al de la hormigonera?, ¿qué no coman y ya merendarán a la tarde cuando vuelvan a casa?, ¿que no beban ni una gota de agua mientras se desloman a pleno sol a treinta y muchos grados de temperatura y con una humedad del setenta por ciento? Ahmed discute con sus paisanos: como si los nasrani no nos tuvieran bastante manía, y estuvieseis deseando que nos manden a la mierda, le dijo a Abdeljaq, que había convencido a los otros compañeros de piso para que no bebiesen cerveza con los españoles, alejaos de los impuros decía. Cuando se excitaba, aseguraba que no tardaría en llegar el día en que vieran de qué color tienen la sangre del cuello los cerdos nazarenos. Nos necesitan, argumentaba Abdeljaq, y mientras nos necesiten tendrán que aguantarnos, y si dejan de necesitarnos, se librarán de nosotros por mucho que recemos ese padrenuestro que rezan ellos y hagamos la señal de la cruz saltando con el pulgar de la frente al pecho.

Abdeljaq celebró las bombas de Atocha. Dijo que la cara de Allah se veía con más claridad en el cielo. Hizo sus abluciones, rezó mirando a La Meca, y cocinó un *mechui* de cordero que se tomó vestido con gandora blanca. Todo muy

ceremonioso: celebraba el martirio y la venganza. Miradla, decía señalando la pantalla de la televisión mientras chupaba del cigarrillo de hachís, está ahí, la sangre infiel. *Bismillah*. En la televisión, hierros retorcidos, individuos que caminaban cubriéndose la cara con las manos ensangrentadas. Ahmed criticaba a Abdeljaq cuando se quedaba a solas con Rachid: ¿ves? Los nazarenos ya no nos necesitan, así que de los primeros que prescindan es de nosotros, que somos los que les ponemos las cosas más difíciles. Prefieren quedarse con los colombianos, con los ecuatorianos. Abdeljaq blasfema. ¿Cómo puede creer alguien que está viendo el rostro de Allah? Es la blasfemia más grande que puede proferir un musulmán. Pero a Abdeljaq se le iluminan los ojos como si de verdad estuviera viéndola. Una cara feroz y satisfecha. Habla igual que un predicador fanático, profeta de la venganza: hoy nos pisan los nazarenos, les limpiamos la mierda de los retretes, les servimos sus asquerosos vinos en los bares, les construimos las casas en las que comen *jalufy* follan sin hacer las abluciones ni lavarse el semen de sus prepucios, nuestras mujeres les hacen las camas y estiran las sábanas impuras, pero se acerca el día en que seremos nosotros los que los llevemos atados con una cadena por el cuello, caminando a cuatro patas. Ladrarán a las puertas de nuestras casas como lo que son: perros; y serán ellos quienes, con la lengua, nos saquen brillo a las *belgha*. A los hermanos musulmanes de América se los llevaron en barco atados con cuerdas, sujetos con cadenas, metidos en jaulas, como llevaban los caballos, las cabras, las gallinas y los cerdos. Los negros musulmanes eran nada más que animales de trabajo para los yanquis cristianos. Llega la hora de demostrarles que somos hombres que saben luchar por lo suyo. Ahmed argumenta: ¿es que no hay musulmanes ricos? Todos esos jeques del Golfo. ¿Y acaso los musulmanes ricos no son aún

peores que los cristianos ricos? Además, los cazadores de esclavos africanos eran en su mayoría árabes. Musulmanes que esclavizaban a musulmanes. Abdeljaq niega moviendo la cabeza, se indigna: mentiras de los infieles. Pero Ahmed lo ha visto en reportajes de la televisión, y sabe que es verdad. De un extremo a otro de África temían a los árabes comerciantes de carne humana, y los temían en la India, en Indonesia, en las costas del sur de China. A éstos no les importaba la religión que tuvieran los esclavos que capturaban, cristianos, musulmanes, animistas, hindúes, budistas. Toda carne era buena para llenar las jaulas en las bodegas del barco. ¿Y qué me dices de los jedives turcos? Más crueles en sus torturas que los cristianos. ¿Y nuestros reyes?, ¿o no estamos aquí porque el difunto Hassan y su hijo Mohamed y su familia nos han echado de casa? Servimos a los perros cristianos porque nuestros perros están aún más rabiosos, nos clavan los dientes más hondo. Aquí nos tratan como a criados, allí nos han tratado como a esclavos. Hijos de puta son los hombres, el género humano, no importa el Dios en que crean o digan creer. Todos nacemos de un *tabún*. ¿Tú te crees que Allah bendice a esos ricachones de Fez o de Marraquech que vuelven de La Meca haciendo sonar panderos y tocando el claxon de su Mercedes importado para que toda la población vea que son lo suficientemente poderosos para haber hecho la peregrinación y poder llamarse *haj*? ¿Que cumplen mejor con el Corán? ¿Porque han dado las siete vueltas a la Kaaba, han correteado siete veces entre las colinas de As-Safa y Al-Marwah, y han bebido del pozo de Zamzam? Yo correteo de acá para allá setenta veces siete cada día para poder ganarme el pan. Y bebo el agua salada del pozo que guarda mi sudor. Y ellos, desde su hotel de lujo de La Meca, te humillan diciéndote que son mejores creyentes porque se permiten ir donde tú no puedes. Porque

se pueden pagar el viaje a La Meca —peregrinos de primera clase en Boeing—, están convencidos de que entrarán en el paraíso antes que tú, que eres un desgraciado. ¿Es que en el cielo de Allah también habrá ricos y pobres, gente que va en Mercedes y gente que limpia los retretes de otros? ¿Qué mierda de religión es ésa? ¿Es eso el islam? Abdeljaq, te aseguro que esos peregrinos entrarán en el infierno antes que los cristianos. Que no te quepa duda.

Ahmed ha recorrido algo más de un kilómetro desde el lugar en que su amigo Rachid lo dejó esta mañana. Dos putas situadas a la entrada del camino del marjal lo miran con desconfianza, o, al menos, eso le parece a él. Nunca sabe si es verdad que todo el mundo lo mira mal por ser moro o si es él quien se obsesiona y se cree que todo el mundo lo mira con desconfianza. Comerá con Rachid en el prado que hay junto a la charca y por el que ahora camina. Antes de salir de casa, ha tomado té, pan con aceite, un tomate y una lata de sardinas, y, para la jornada, había preparado la tartera con dos huevos duros, unas habas y unas chuletas de cordero empanadas, pero, por desgracia, se ha dejado la tartera en el portamaletas del coche de su amigo. No sé para qué traes nada, eso te lo guardas para la cena, yo sacaré algo de la cocina, buena comida, le dice cada día Rachid: el restaurante en que trabaja aparece en todas las guías, es de los mejores de Misent, pero a Ahmed le da un poco de asco esa carne sacrificada de cualquier manera, le gusta la que compra en la carnicería halal y se cocina él en casa, le gusta lo que llama comida *beldi*, por eso se lleva cada día su provisión, aunque acaba consumiendo la que trae Rachid. Hoy hace rato que echa de menos la tartera. Tiene hambre. Mira el reloj. Rachid traerá, como cada día, un par de tupervares con guisos en buenas condiciones pero que ya no están para servírselos a los clientes y algunas piezas de fruta o de ver-

dura que roba o que le dan porque presentan algún defecto. La luz ha empezado a adelgazarse, quebradiza luz de invierno que dora cada cosa que toca. La tarde ofrece suavidad: la superficie del agua, las cañas, las lejanas palmeras, las edificaciones que alcanza a ver a lo lejos, todo se va dorando poco a poco; hasta el perfil del mar que contempla si trepa por la ladera de uno de los médanos deja de ser de un azul intenso para tomar esas irisaciones melosas. Enciende un cigarro para acallar el hambre. Decide aprovechar el tiempo que le queda hasta que vuelva su amigo, y cuando termina de fumarse el cigarro, regresa al rincón de la laguna donde ha dejado la caña bien sujeta entre unos pedruscos, echa la red que lleva atada a la cintura y contempla el espejo del agua en el que los insectos trazan dibujos geométricos con sus finas patas. En la cesta guarda dos lisas de mediano tamaño y una tenca más bien pequeña. No está mal la jornada. La cena de hoy, resuelta.

Cuando se inclina para echar otra vez la red, llaman su atención ladridos y gruñidos: a pocos metros de donde se encuentra, dos perros pelean disputándose una piltrafa. Se ladran uno a otro. Ahmed coge una piedra del suelo y los amenaza, agitando una mano, al tiempo que, con la otra, les muestra el bastón que lleva consigo cuando viene al marjal. Los perros ni siquiera lo miran. Están ocupados en gruñirse, en mostrarse los dientes. Les arroja la piedra. El proyectil rebota sobre el lomo del más grande, un pastor alemán de pelambreira sucia que, al mover la cabeza, deja ver el brillo del collar: uno de esos perros que los turistas abandonan a fin de temporada y luego vagan asilvestrados por cualquier parte durante meses, hasta que acaba llevándoselos el servicio de recogida de animales. Al recibir el impacto del proyectil, el perro suelta un gemido y se aleja cojeando, momento que aprovecha el otro animal para

apoderarse del despojo por el que pelean, y meterse entre los arbustos. La piedra le ha impactado al pastor alemán en el lomo, pero el perro no cojea por el dolor que le ha producido el golpe de la piedra, sino porque no apoya en el suelo una de las patas traseras, mutilada y cubierta de costras. Ahmed supone que ha debido de ser atropellado por algún vehículo, que el animal ha pisado algún cepo o se ha enredado en una alambrada. Corre torpemente, y a la torpeza suma una actitud recelosa. Mientras se aleja, vuelve la cabeza un par de veces, como si quisiera cerciorarse de que el hombre no va tras él ni volverá a castigarlo. Un perro cojo y asustado, aunque Ahmed teme que pretenda guardar la imagen de su agresor en el espejo sanguinolento de los ojos, ¿por qué no un perro vengativo? Pero la posición servil desmiente la agresividad: el animal humilla la cabeza al reemprender con trote irregular su fuga. La actitud indica miedo, sumisión, una bestia a la que han golpeado; a la que se ha hecho sufrir. Ahmed se estremece con un sentimiento que mezcla la pena con la desconfianza hacia algo turbio que la cojera y las llagas revelan. Es asco ante lo sucio, pero también miedo ante lo cruel, la crueldad de un perro vengativo y la crueldad del hombre o los hombres que lo han golpeado. El animal muestra desgarrones en la piel, descarnaduras sanguinolentas, rastros de algo que pueden ser viejas heridas infectadas o síntomas de alguna enfermedad cutánea. El otro perro, más pequeño aunque de aspecto más feroz, tiene una reluciente pelambreira negra. Debido a la sorpresa que le causa la reacción del pastor alemán al ser golpeado por la piedra, en su huida hacia la maleza deja caer el pedazo de carne podrida que acaba de capturar. Lo recupera inmediatamente. Se queda con el cuerpo metido entre las cañas, sólo asoma la cabeza en la que destellan dos ojos atentos. La carroña cuelga de su boca. Ahmed, que ha mi-

rado con curiosidad la piltrafa que los dos perros se disputan, la mira en este instante con creciente horror, porque se ha dado cuenta de que la masa de color negruzco por la que pelean los dos perros ofrece formas reconocibles: aunque tostada por la podredumbre y descarnada en algunos lugares, se trata de una mano humana. La curiosidad lo impulsa a seguir mirando, venciendo la repugnancia, el espanto que tira de su mirada hacia otro lado. Ahmed quiere, a la vez, no ver y ver; a la vez quiere no saber y saber. Amenaza con el bastón al perro negro, haciéndole retroceder algunos pasos. El animal gruñe, y aunque reula hacia los matorrales, sigue mirándolo furioso y no suelta su presa, que —ahora ya no le cabe ninguna duda a Ahmed— son los restos de una mano. En el mismo instante en que se asegura de lo que ve, la mirada se le escapa, también queriendo y sin querer, hacia unos bultos hundidos en el barro y situados unos cuantos metros más allá, a la derecha del lugar en el que hace un instante se encontraban los perros. Los bultos lo llevan a situar el origen de la pestilencia que desde hace rato percibía en el aire y nota en este momento más intensa. Dos de los bultos semihundidos en el agua y rebozados en una costra de barro dejan adivinar formas humanas. Los restos del tercer amasijo podrían pertenecer a un hombre mutilado, o al que se le ha hundido en el fango la mayor parte del cuerpo, aunque también podría tratarse de una carroña animal, un perro, una oveja, un cerdo. En cuanto identifica los restos humanos, Ahmed sabe que tiene que marcharse de inmediato. Haber visto lo convierte en cómplice de algo, lo impregna de culpabilidad. Su primer impulso es echar a correr, pero correr lo vuelve más sospechoso: empieza a caminar deprisa apartando las hojas de las cañas que le golpean la cara. A cada momento, mira a derecha e izquierda por si hay alguien que pueda haberlo visto, pero no descubre

a nadie. En ese lugar resulta improbable encontrarse con alguno de esos jubilados ingleses o alemanes que caminan deprisa junto a la carretera convencidos de que, tragándose toda la porquería que expulsan los tubos de escape de coches y camiones, realizan un ejercicio saludable; o con esos individuos delgados, más parecidos a yonquis que a deportistas, que practican footing por los senderos que bordean acequias y campos de naranjos: toda la fauna que merodea por los huertos aplicándose diversas variantes de lo que se conoce como terapia de mantenimiento no frecuenta el marjal.

Se aleja a toda prisa, aunque no puede reprimir la tentación de volverse un par de veces a mirar hacia el pedazo de carne corrompida, tendones y huesos con los que el perro negro juguetea otra vez entretenido en su tarea ante la mirada del pastor alemán, que ha regresado de su breve escapada y lo observa a un par de metros de distancia. Ahmed mira, sobre todo, los bultos oscuros y cubiertos de barro semihundidos en la charca. En su nerviosa escapada, aún tiene tiempo de descubrir, detrás de una de las dunas y ocultos por la maleza, los restos calcinados de un vehículo, cuya presencia amplifica el aire siniestro que, de pronto, ha adquirido el lugar. Se le corta la respiración. Se ahoga, nota los apresurados latidos en el pecho, en las sienas, en los pulsos, un zumbido en la cabeza. En alguna ocasión, Esteban le ha contado que los delincuentes utilizan las espesas aguas del pantano para arrojar armas utilizadas para cometer algún delito. Camina y mira, pero no consigue controlar los movimientos de los ojos, que parecen haber adquirido autonomía y moverse sin que él pueda elegir la dirección del foco: se vuelven de uno a otro lado, obligan a que vuelva hacia atrás la cabeza. Mira a pesar suyo, aunque ahora ya no se ocupa la mirada de los bultos, ni de los perros, sino de las sombras que parecen atisbar tras las cañas, en los repliegues

del camino, en las irregularidades de los médanos. Lo confunde a cada paso el juego de sombras y contraluces, toma formas que le parecen presencias humanas. Se siente vigilado. Desde las dunas, desde el camino, desde los cañaverales situados al otro lado de la charca, incluso desde las laderas de las lejanas montañas, le parece que hay gente que contempla la escena. Sospecha que, esta mañana, mientras caminaba junto a la nacional, se ha convertido en objeto de atención de los chóferes con los que se ha cruzado, de las putas que lo han visto meterse por el camino del marjal, de los niños que jugaban ante las chabolas frente a las que ha cruzado al final de la avenida de La Marina, y en ese instante en el que querría borrarse de la mirada de todos ellos, se acuerda de que, con la precipitación, se ha dejado calzada entre las piedras la caña de pescar y la red hundida en el agua de la laguna y la cesta en la orilla, sobre la hierba. No puede abandonar sus pertenencias allí, sería fácil para un investigador identificar caña y red; sobre todo, la caña de pescar, que muy probablemente tiene aún pegada la etiqueta de la tienda de deportes de Misent en que la compró hace siete u ocho meses cuando empezó a venir a pescar con Esteban, así que corre entre los cañaverales de vuelta al sitio que acaba de abandonar (ahora sí, ahora está asustado de verdad, le tiembla todo el cuerpo), las hojas de las cañas le golpean con su filo cortante la cara, las mejillas, los párpados, le hacen daño. Cuando aparta las hojas, siente su filo en la palma de la mano. Piensa que, en cuanto rescate la caña de pescar, tiene que volver al punto de la carretera en que se ha citado con su amigo, pero sería una estupidez quedarse allí sentado junto a la cuneta, aguardando como de costumbre a la salida del camino, sembrando pistas en su contra, porque ya piensa así, pistas, como si asumiera una parte de culpabilidad. Decide que no puede quedarse allí esperando, pero

que tampoco puede marcharse y que su amigo acabe metiéndose por el camino para buscarlo, y cualquiera pueda reconocer más adelante el coche, cuando se inicien las investigaciones que acabarán llegando (no, no, cálmate, pueden pasar meses antes de que alguien pise este rincón escondido, se dice), e identifiquen el viejo Ford Mondeo de más de quince años de antigüedad: llaman la atención su lamentable estado de mantenimiento, sus puertas abolladas y la pintura roída, los alambres que sostienen el parachoques trasero. Además, está el vehículo carbonizado, bastante a la vista, en la ladera del médano, y alguien denunciará las desapariciones, se harán rastreos, aunque vete a saber de quiénes serán esos cuerpos. Probablemente, emigrantes como él mismo, gente de paso, mafiosos que han caído víctimas de un ajuste de cuentas: marroquíes, colombianos, rusos, ucranianos, rumanos. Quizá un par de putas degolladas por sus proxenetas por las que nadie se moleste en preguntar.

Decide ponerse a caminar por la carretera, de vuelta a La Marina, y confiar en que Rachid lo vea desde el coche. Aunque quisiera, no podría estarse quieto. Da algunos pasos en dirección a Misent, para desandarlos precipitadamente, mira con ansiedad los coches que pasan junto a él, y espera nervioso el de Rachid como si meterse en el coche de su amigo fuera entrar en un refugio, desvanecerse sentado, los brazos extendidos, la respiración controlada, apoyada la cabeza en el reposacabezas, o la mejilla rozando el vidrio frío de la ventanilla, relajarse hasta desaparecer: utiliza ese mecanismo psicológico que consigue que los niños se crean invisibles cuando se ponen la mano ante los ojos: si no ves, no eres visto. Acomodarse junto al conductor en el asiento del Mondeo es la prueba de que él nada tiene que ver con aquella mano corrompida, con los bultos apestosos hundidos en el barro, con los hierros del coche carbonizado; después

de relajarse hasta desaparecer en el asiento del Mondeo de Rachid, un par de kilómetros más adelante, en el cruce de la avenida de La Marina, bajará el cristal, y asomado a la ventanilla, el cortante aire crepuscular golpeándole el rostro, tendrá la seguridad de que no ha visto nada. Será un pasajero más de los miles que circulan cada día por la nacional 332, gente que se concentra unos instantes en ese tramo superpoblado y luego se pierde por los capilares del tráfico en dirección a cualquiera de las pequeñas poblaciones vecinas o que sigue su recorrido hasta cualquier rincón de Europa. En esos momentos, lo único que piensa es que no tiene que contarle a nadie lo que ha visto (¿ni siquiera a Rachid, que, en cuanto lo tenga al lado, se dará cuenta de que algo le ha ocurrido?: ¿por qué no me has esperado en el camino? Te veo preocupado, ¿ha ocurrido algo?), y, sin embargo, necesita contárselo cuanto antes a alguien; porque hasta que no se lo cuente a alguien, no podrá quedarse tranquilo: sólo compartiendo el miedo llegará a despegarlo de sí. Se acerca a la salida del camino, disminuye la velocidad de la carrera hasta convertirla en un paso normal. Se detiene un momento para abrir la cesta y tirar a la cuneta los peces que ha capturado y le repugnan. Los imagina mordiendo con sus bocas ávidas la carroña. Tiene ganas de vomitar. La laguna, que cuando él llegó parecía una colada de acero al blanco, ahora muestra una delicada suavidad, reflejos de oro viejo. Destila brillante cobre en las puntas de agua que levanta el viento.